

á su criado con las manos juntas, que fuese él mismo á Squidam á implorar su perdón; el piadoso criado emprendió tan largo viage, llega á ver á la santa, y se echa á llorar á sus pies. No es menester decir que la dulce virgen se consideró dichosa en perdonar, y mas dichosa en volver la salud al que tanto la había hecho padecer; y así el criado volvió llevando el perdón y la salud á su amo.

Mas volvamos á nuestra narración interrumpida por un momento. En la noche que siguió á la terrible prueba que hemos referido, estando sola Liduvina, se le apareció un ángel tan hermoso, que hubiérase dicho que tenía por vestido todas las magnificencias del sol; en sus lábios se veía una divina sonrisa: "Yo te saludo, mi amada hermana, le dijo á la virgen: tu alegría debe ser grande, y vengo á regocijarme contigo, por que ya está terminada la corona que te han prometido; ya no le falta ni pedrería ni diamantes, pues los insultos y las crueldades de los soldados han acabado su esplendor! ¡Oh dichosa esposa del Dios de la cruz, ya desde hoy quedarás asociada á los mártires, y en medio de ellos tendrás un dia tu trono: no envidies ya su gloria! Ellos han dado su sangre por la verdad, y tú has derramado la tuya por amor! Ellos han muerto una sóla vez durante la persecución, de mano de los infieles y paganos; mas tú, quebrantada hace mas de treinta años, bajo los golpes del martillo divino, has sufrido todos los dias una cruel muerte de todos los instantes, y hoy, como en los gloriosos tiempos de la primitiva Iglesia, en odio de Jesucristo y por la mano misma de los cristianos tus hermanos, ha sido tu sangre derramada. Sí, tú recibirás la palma del martirio. Abre pues tu alma á la confianza y regóciate, hermana mia!"

Consolémonos al pensar que el acto mas sencillo de virtud, es también una inmolación de nosotros mismos; y que la inmolación á los hombres, al deber y al Señor, es un verdadero martirio!

CAPITULO XVI.

EL TABOR, Ó EL DÓN DE LOS MILAGROS.

Y bien, vamos al Médico supremo.—Una poca de agua arroja la gangrena.—Una madre y su hijo en la agonía.—Admirable conversión de un pecador que solicita tocar la mano de Liduvina.—La santa ora por un Canónigo que desea avanzar en el bien.—Un hombre toma su defensa en una taberna y su admirable recompensa.

Dios es admirablemente bueno. Después del Calvario, encontramos el Tabor; después de la inmolación, la dicha; después del humilde fervor de la comunión en la tierra, ya como una santa anticipación de las alegrías de la comunión en el cielo!

En efecto: Liduvina había adelantado mucho por el sufrimiento, á fuerza de amor fiel y de generoso valor en la imitación del Dios crucificado, se había elevado de enmedio de sus dolores y de sus tristes llagas á una perfección á la cual llega difícilmente la naturaleza humana: y Dios para recompensarla, iba á transportarla en cierto modo mas allá de las regiones de esta vida terrestre, elevándola hasta la gloria de una vida sobrenatural y casi divina, iba á coronar tanta santidad por las operaciones magníficas de su

gracia, poder milagroso, arrobamientos, celestiales comunicaciones; su Majestad iba á prodigarle todos esos tesoros!

Mas apresurémonos á hacer notar, que los milagros, los arrobamientos y las celestiales comunicaciones no son esenciales á la santidad, y sería una peligrosa ilusión el creer que no se puede ser santo, sino cuando se llega á estas alturas. Sed humilde, dulce, casto y caritativo, sufridlo todo con paciencia, y después de ésto, el hacer milagros ó no hacerlos, poco importa. La mas pequeña violencia á nuestro humor, la resistencia á la mas ligera tentación, la buena obra mas fácil, he aquí lo que nos acerca mas verdaderamente á los santos, que si tuviésemos el glorioso privilegio de mandar á la naturaleza, de encadenar la muerte ó de pasar los dias y las noches en la contemplación de las verdades mas sublimes, en la efusión de las lágrimas mas tiernas, y en la afluencia de las mas puras alegrías del cielo! Esos admirables dones son una consecuencia de la santidad; Dios los concede á algunos santos, y no á todos, sino solamente á algunos, para manifestar de tiempo en tiempo su gloria; mas repitámoslo, esos dones no son la santidad, sino que la suponen.

Liduvina fué pues, una de esas almas privilegiadas, y de ello encontramos abundantes pruebas en la época de su historia á que hemos llegado. Demos á lo menos una rápida ojeada á esas gracias de esplendor con que plugo á Dios coronarla, y comenzaremos por el dón de milagros.

Ya hemos presentado, por los diversos prodigios que mas de una vez han alumbrado nuestro camino, que parecían anunciar y prometer con anticipación ese dón de los milagros. Esos prodigios no lo eran aun.

porque entonces eran prodigios que Liduvina no pedía y que venían sin saberlo la santa, á secundar su caridad ó su celo: mas ahora ella es quien habla y quien obra: es ella quien manda á nombre de Dios, y todo le obedece. Es cierto que su humildad se horroriza de tal potencia, y hace uso de ella raras veces, porque teme mucho ser glorificada. Mas en algunas veces le hacen tan vivas instancias, que no puede resistirse. Así una desgraciada joven le suplicó la sanase. "Hija, le respondió la virgen, dirijíos á los médicos." Muy pronto volvió la pobre mujer á quien los médicos mas hábiles le habían dicho que iba á morir... y ella se entrega á la desesperación mas desgarradora. "Pues bien, dijo al fin Liduvina conmovida, pues bien, sí, vamos á acudir al médico supremo!" Y recogíendose oró un instante, tocando después ligeramente á la enferma... Ah! ya estoy curada! exclamó esta al mismo instante, y en efecto el mal y la incurable llaga, todo había desaparecido por completo.

Muchas veces no era necesario tanto: pues bastaba tocar lo que había servido á la santa. Una vez vino un hombre desde Inglaterra, y había hecho este largo viaje, viniendo á nombre de su amo á quien todos los médicos juzgaban incurable, y que no pedía mas que una poca de agua en que la santa hubiese lavado sus manos. Esto era pedir mucho á la humildad de Liduvina, la cual vacila; mas no obstante fué preciso ceder á las lágrimas del devoto servidor; el agua tan deseada le fué dada y partió inmediatamente; mas apenas llegó, y se puso á emplear su tesoro. Milagro! Milagro! al lavar las llagas, en el acto se borran, y renace la carne que había corroído una gangrena mortal; el enfermo queda perfectamente sano!

Otro dia, entró precipitadamente en casa de Lidu-

vina una mujer trayendo en los brazos á su hijo pálido y lívido, luchando con los tormentos de una terrible agonía; la pobre madre sin hablar una palabra pone á su hijo sobre el lecho de la virgen. Causaba compasión ver á la pobre madre en su mudo y sombrío dolor. Repentinamente dá un grito. «Ah! Dios mio! mi hijo vá á sanar!» El niño en efecto se reanima, sus mejillas se coloran, y á sus labios vuelve la sonrisa. «Madre mia, dice, ya no siento ningún mal; si supiéseis qué bien estoy aquí!» Dichoso niño que debió á la santa mas aún que la salud, y mejor que la vida; pues después de su curación, le dijo Liduvina acariciándole, una de esas palabras que parecen caer del cielo, y que germinan irresistiblemente en los corazones: el niño fué religioso y llegó á ser un santo sacerdote.

Todos los milagros de nuestra virgen se dirigen siempre á la santificación de las almas.

Un hombre que hacía poco se había radicado en Squidam, decía á una dama de la vecindad: Señora, yo deseo saber qué encanto tan poderoso os encadena casi todo el día cerca de esta virgen Liduvina? Yo no puedo comprender el maravilloso placer que allí encontráis!—Y no obstante, Señor, no hay en ello ningún misterio. Conoceis á Liduvina?—Sí, ciertamente, mas de una vez la he visitado.—Entonces ya lo habeis comprendido perfectamente.—Al contrario, precisamente porque la he visto, me parece mas inexplicable vuestro singular entusiasmo.—Cómo, Señor! Allá delante de ese lecho y al frente de esa pobre crucificada, no habeis sentido nada?—Nada, Madama, si no es compasión y sobre todo disgusto, porque es la enferma mas repugnante que pueda encontrarse.—Ah! Señor, si supiéseis ver mejor lo que Dios obra en ella,

la visitaríais todos los dias, y llegaríais á no poder separaros de su lado!—Es puro entusiasmo, Madama, puro entusiasmo el vuestro, y no me convenceríais nunca de ello; porque vuelvo á preguntaros: aparte de las horrosas llagas que la cubren, ¿qué podeis hallar en esa joven?—¿Qué puedo hallar decís? pues y su santidad? Y las maravillas que Dios obra en su persona? No veis lo que todos admiran? Ah! cuando yo contemplo este rostro surcado de úlceras, véole como resplandeciente con gloria celeste que lo transfigura! Cuando tengo la dicha de tocar aunque sea sólo su mano, siento no sé qué cosa inefable que entenece mi alma, llenándola de un inmenso deseo de ser mejor! Y por eso me espanto mil veces mas de la confesión de vuestra insensibilidad, que lo que vos os espantais de mi enagenamiento! Dígnese el cielo abriros alguna vez los ojos del alma!

Al dia siguiente de esta conversación, el incrédulo personaje, siempre preocupado, toma derrepente un partido: vá á visitar á la virgen, á hablar algún tiempo con ella, y después de alguna vacilación, superando todas sus repugnancias le dice: «Liduvina, os suplico que me deis la mano;» la dulce enferma obedece, mas apenas ha puesto la mano fuera del lecho, cuando prodigiosamente se exhalan perfumes de una suavidad que la tierra no conoce, y el aire queda embalsamado!

¿Qué pasó entonces en el alma del visitador tan mal preparado? Sólo Dios podría decirlo! Mas lo cierto es que el hombre quedó inmóvil, arrebatado, como embriagado con aquellos perfumes divinos, trémulo de emoción, y mirando á la santa como miraría á un ángel de Dios; su pecho se levantaba con violencia, gruesas lágrimas corrían de sus ojos, y repentinamente, no pudiendo contenerse, trastornado y maravillosamente

ilustrado, con el corazón quebrantado de compunción, prorrumpe en sollozos y se desata en lágrimas: "Ah! Liduvina, le dice, yo soy un miserable pecador que no merezco la dicha que ahora disfruto! Oh santa esposa de Jesucristo! Oh santuario perfumado con los dones del Espíritu Santo! gracias á vos encuentro á Dios á quien ya no conocía! hoy encuentro el cielo cuyo camino había perdido! ahora comprendo la desgracia de tantas iniquidades en las cuales dormía tranquilo y que me llevaban derecho al abismo!" Y entre aquellos sollozos se puso á hacerle la narración de las miserias de su alma. Es verdad, continuó la santa, vos me confesais grandes faltas, amado hermano; mas á todas esas confesiones añadid tal enorme pecado que habeis cometido tal dia, en tal lugar y con tales circunstancias; añadid tal funesta unión. . . . "Ah! Dios mio, dijo interrumpiéndola el pobre pecador aterrado, si el Espíritu Santo os descubre así el interior de mi alma, cuan lamentables cosas vá á revelaros! ¿Y pensais que su justicia me perdonará? ¿Pensais que su misericordia se digne aun salvarme?" Y púsose á llorar con tanta amargura, que corrió al interior del pequeño jardín á fin de dar allí libre curso á sus lágrimas. Después volviendo cerca de la virgen, le dijo: Liduvina, de hoy en adelante, vos sereis una madre para mí, y os juro, que en cuanto pueda, voy á reparar el tiempo perdido; voy á expiar mis faltas con la penitencia, y no retrocederé para mi entera conversión ante ningún sacrificio: mas ayudadme siempre con vuestras oraciones y consejos!

Apoyado en la gracia y sostenido por Liduvina á quien tenía por dicha el visitar con frecuencia, cumplió aquel su palabra, y comenzó desde ese dia una vida llena de austeridad, y admirablemente edifican-

te, hasta que al fin fué arrebatado por la peste, por entregarse á todas las abnegaciones de la caridad.

Refiramos aquí otro hecho, que aunque menos grave, es no obstante muy instructivo y muestra cómo nuestra virgen en todas circunstancias usaba santamente de su poder. Una vez un Canónigo al despedirse de Liduvina se encomendaba á sus oraciones. Este era un digno y buen sacerdote, de una vida verdaderamente ejemplar, que tenía la mas hermosa voz que pueda encontrarse, y cantaba de modo de agradar hasta á los ángeles, y como puede ser que no lo ignorase, antes, preciso es decirlo, veniale un poco de vanidad y alguna vanagloria por ello, puesto que nada es mas fácil ni podría atribuirse á delito cuando se tiene tan hermosa voz. Mas nuestro Canónigo en forma de adios decía á Liduvina con piadosa efusión: "¿no es verdad, hermana mia, que rogareis á Dios por mí? Y acordaos, os lo suplico, de pedir á la divina bondad que arranque de mí lo que le desagrade, especialmente lo que su Majestad sabe ser para mí un obstáculo al progreso en el bien." "Así lo prometo, respondió la santa, y voy ha hacerlo sin retardo." En efecto, el mismo dia la santa oró. . . . mas en el mismo dia también el Canónigo se enronqueció; y qué voz tuvo desde entonces! qué sonidos tan feamente secos! qué inmensa contrariedad sintió cuando se puso á cantar! No obstante, no quiso fijarse en ello, pues cualquiera se enronquece fácilmente! Y después de todo, qué es una ronquera que se quita con algunas bebidas y cuidados! Mas pasaron ocho dias pasaron quince, y á despecho de todas las bebidas y pastillas, la ronquera no parecía dispuesta á querer desalojarse, y ya entonces el Canónigo se inquieta, pues estaba á cien leguas de sospechar la verdadera causa de su mal,

consulta muchos médicos, busca los doctores mas sabios, reclamando de ellos su bella voz, y asegurado de sus prescripciones, para volver á encontrarla, cura su garganta con bebidas de malva y altea, con pociones azucaradas y julepes calmantes. Mas ay! la bella voz no volvía con tantas medicinas, y los tonos seguían ásperos y desagradables!

Un día el triste y desgraciado Canónigo estaba escuchando atentamente á un médico de gran reputación, cuando llegó á visitarlo otro Canónigo, y oyendo al doctor recetar todo un régimen de emolientes, se sonrió y dijo al doctor: creedme, Señor, os tomáis un trabajo inútil: yo desafio todos vuestros lenitivos y emolientes para curar á mi amigo, quien por mas que hagais, es un hombre condenado á cantar falso para toda su vida!—Y por qué? decídmelo, replicó el médico espantado.—Por qué? Nada es mas claro: juntos hicimos la peregrinación de Squidam y recuerdo muy bien que al despedirse de la virgen Liduvina, mi amigo le suplicó le obtuviese de Dios la destrucción de lo que sabía ser el mas gran obstáculo á los progresos de su alma. Ciertamente mi amigo es un virtuoso sacerdote; mas jamaba tanto su linda voz! Liduvina ha cumplido su palabra!—Ah! si es así, dijo el doctor que conocía á la virgen y la veneraba profundamente, teneis mil veces razón. Hipócrates y Galeno no tienen nada que hacer en ello y los declaro impotentes! Por su parte el Canónigo se acordó del hecho, comprendiólo todo, y guardó alegremente su voz ronca, y si con ello salió perdiendo su vanidad pero él quedó ganando en perfección.

Citemos todavía otro hecho. Una tarde se hallaba en una taberna de Squidam, una mesa rodeada de numerosos bebedores, ya avinados, los que hablaban de

Liduvina, y Dios sabe en qué sentido, pues ni sus enfermedades, ni su estado sobrenatural, ni su piedad, nada escapaba á los insultos, y hacerla causa de un concierto de blasfemias!

Entre tanto, uno sólo de aquellos guardaba silencio: era un cierto Otger, borracho consumado, y bien que él también estuviese avinado, evidentemente sufría y estaba contrariado con el giro que había tomado la conversación, porque en el fondo, y por gran pecador que fuese, siempre había sentido una sincera veneración por Liduvina. Mas ninguno hacía caso de Otger: el infierno atizaba las llamas y la conversación se iba haciendo cada vez mas odiosa, "A fé mia, esta es una idea, decía uno de ellos, arrastrando los codos en la mesa manchada del vino, hay en ello alguna cosa satánica, y esa joven debe de estar posesa.—Vamos pues, gritaba otro, ésta es una engañadora y una hipócrita, hélo allí todo. Por ventura crees tú que no come ni bebe? Imbécil! cuando ha representado su comedia durante el día, sería de ver cómo se desquita por la noche en la buena mesa y el regalo!—Sí, si, esto es lo que pasa, gritaron al mismo tiempo cinco ó seis voces, sí, es una désordenada, una infame!" A esas palabras Otger ya no pudo contener su indignación, la que habia disipado en él todos los vapores del vino. "Silencio! gritó con poderosa voz, silencio! Cuando se trata de Liduvina, lo oís? debemos, ó alabarla ó á lo menos apretar las bocas; estamos? Liduvina es la gloria y la bendición de Squidam, el insultarla es una ingratitud y una cobardía, y yo no he de permitir jamás que nadie lo haga frente á mí! Yo creo en su santidad con toda mi alma, creo en los beneficios que hace, en las virtudes de que nos dá ejemplo, en los milagros que obra, y yo creo en el testimo-

nio de millares de hombres que por sus luces y por su irreprochable vida valen infinitamente mas que nosotros, que no somos mas que ignorantes y gentes de taberna!»

Una inmensa explosión le interrumpió. «Es él, cómo! es él! gritaron á la vez todos aquellos hombres llenos de vino. Eres tú, Otger, tú el mas borracho de todos nosotros, eres tú quien nos das la lección! Y en un espantoso tumulto se levantan con la espuma y la blasfemia en los labios; y se precipitan sobre él, vacilando y con horrorosas amenazas. «Toma! le dijo uno de ellos, dándole una terrible bofetada, toma miserable! he aquí el salario que te pertenece, y largo de aquí!»

A este ultraje Otger se había levantado también pálido el rostro y trastornado, sus ojos lanzaban relámpagos, y todos creyeron que iba á hacerse una terrible justicia, porque era de un vigor poco común; se le vió levantar aún su nervudo brazo; mas de repente se detuvo. «Me habeis hecho, dijo á todos, la afrenta más sangrienta: me sería fácil, bien lo sabeis, castigar á su cobarde autor. Pues bien! nó! esa bofetada no la vengaré! la acepto y me hago de ella una gloria, porque la he recibido por haber defendido el honor de una santa, y á lo menos una vez en mi vida habré practicado una buena acción! . . . Y dicho esto, se alejó!

En ese mismo instante Liduvina hablaba con su confesor. De improviso y casi con brusquedad le interrumpió! «Padre mio, le dijo, conocéis á Otger?»—Cuál Otger? Otger el borracho? Pues quién no le conoce?—Y sabeis en donde vive?—Sí, lo sé.—Pues bien! Padre mio, id pronto á verle, y decidle de mi parte: «Liduvina os saluda á nombre de Dios, quien os re-

compensará, y ella os dá gracias por las palabras que habeis dicho, y por la bofetada que habeis recibido en su defensa.»

Admirado sobremanera el confesor se partió; mas Otger se admiró todavía más. «Cómo, exclamó lleno de admiración, y deliciosamente consolado: ¿cómo sabe Liduvina lo que acaba de pasar, cuando yo no he dicho nada á nadie, y es imposible que nadie lo haya dicho tampoco?

Desde ese dia Otger fué un hombre nuevo. La taberna, la embriaguez, los compañeros de desorden, todo lo dejó! la oración y el trabajo, la penitencia y la práctica de las virtudes fueron desde entonces el ejercicio de su vida. Muchos años edificó así al pueblo de Squidam, y después murió con la preciosa muerte de los justos.

El destruir en nosotros una imperfección, un vicio ó un mal hábito, es un milagro del cual con la gracia de Dios, todos somos capaces, y que ciertamente no es menos hermoso ni admirable.